



**Renée Ferrer de Arréllaga**



## *Canción para salvar una vida*

De pronto, cuando ya creía que su vida se acabaría irremediablemente, observó con atención unos pájaros que revoloteaban frente al ventanuco de la celda

En un lugar de no sé dónde, un viejo arpista, llamado Miguel, estaba desesperado porque tenía que componer una canción y no se le ocurría nada verdaderamente hermoso. Algo muy extraño sucedía en su cabeza, siempre llena de música.

Aquel día, Don Miguel recibió la visita de un terrateniente muy poderoso que dominaba toda la comarca, cuya hija se casaría muy pronto. El opulento señor, a quien envolvía la leyenda de descender de un ogro, conociendo las dotes de Don Miguel, le ordenó que compusiera una canción para el día de la boda. Al salir le advirtió, con su vozarrón de mando, que volvería por ella a los pocos días.

Don Miguel, halagado por un lado ante tan importante pedido y muerto de miedo por otro luego de semejante visita, decidió componer su mejor canción. [10]

Pero las cosas no resultaron tan sencillas. Trató durante horas, con sostenido esfuerzo, de combinar las notas de la manera más armoniosa, pero la importancia de la tarea y el recuerdo de la amenaza pronunciada en el momento de la despedida lo paralizaron por completo. Al cabo de infructuosas tentativas el arpista comprobó con desilusión que su cabeza estaba seca y en ella no prendía un sólo compás.

Don Miguel se sentía empequeñecido, vacío y, sobre todo, triste. Su fama de músico exquisito, conservada a través de tantos años, se desvanecería sin remedio cuando el

malvado señor se enterase de que era incapaz de componer una canción para la boda de su hija, y lo que es peor, estaba seguro de que le cortaría la cabeza.

El arpista, sin desalentarse del todo, llamó reiteradamente a la inspiración; le suplicó que no lo abandonase en momentos tan peligrosos, pero ésta no aparecía, y hasta temió que hubiera muerto.

Al cuarto día se presentó en casa del arpista un enviado del señor a requerir la composición, a quien Don Miguel tuvo que confesarle, muy avergonzado, que no estaba lista. No tardó en aparecer el mismo terrateniente en persona a exigir la entrega de la canción. Cuando comprobó que sus deseos no habían sido satisfechos, la rabieta se dejó oír en todos los rincones de la comarca; sus alaridos llegaron hasta los [11] pueblos vecinos y la gente temerosa se encerró en sus casas a esperar que pasara el temporal de amenazas y sacudones, que dejaron al pobre Don Miguel temblando como una hoja friolenta. No era para menos, la advertencia fue clara: si la canción no estaba terminada a la mañana siguiente lo metería en la cárcel y luego le cortaría la cabeza.

Aquella noche no se durmió en casa de Don Miguel. El viejecito lloraba sin consuelo y la esposa, aunque sentía un gran pesar, trataba de disimularlo para no aumentar su pena. Las palabras de aliento, sin embargo, no dieron resultado, porque Don Miguel estaba vacío.

Al otro día, tal como lo prometió el siniestro personaje, dos guardias se llevaron al arpista a la prisión. Desde la celda, pequeña y húmeda, Don Miguel miraba el cielo con desesperanza. Le parecía imposible encontrarse privado de su libertad, y para colmo de males, sin inspiración ninguna. Cuando cayó la noche se entristeció más aún, pensando lo poco que faltaba para la boda. Algo debía ocurrírsele para salir de allí con vida, se repetía desconsolado. Pero todos los intentos fueron inútiles.

Cuando el sol iluminó la ventana, interrumpiendo esa noche interminable, Don Miguel miró el día soleado más allá de los barrotes de la celda y sobre aquella claridad vio cinco cables de luz tendidos en el cielo. [12]

En medio de su desgracia no pudo dejar de advertir cuánto se parecían a un pentagrama. Por un momento, se distrajo de su pena, pero enseguida, poseído de la más honda desesperación, reanudó los ruegos para que se le ocurriera alguna canción.

De pronto, cuando ya creía que su vida se acabaría irremediablemente, observó con atención unos pájaros que revoloteaban frente al ventanuco de la celda. Eran negros y redondos, como notas musicales, y sobre todo, movedizos y alegres. A Don Miguel le encantó seguir sus giros con la vista. Parecía que esos pájaros quisieran decirle algo, tanto era lo que aleteaban frente a los barrotes. Se acercó más aún a la ventana para observarlos. En ese momento notó que estaban cansados, o por lo menos así lo creyó Don Miguel, porque se posaron en los cables de la luz y se quedaron muy quietos. Le extrañó, sin embargo, que cambiasen de posición de vez en cuando, como si obedecieran a un propósito determinado y misterioso. Su semejanza con las notas, negras y redondas, le hizo pensar en arpegios maravillosos mientras los contemplaba con deleite.

Una luz brilló de repente en los ojos del arpista prisionero. ¡Era maravilloso! Allí estaba su salvación. Aquellos pájaros habían venido hasta su celda para ayudarlo. Don Miguel

comprendió por fin que los pájaros al cambiar de posición sobre los cables estaban componiendo una canción. Una canción para salvarle [13] la vida. Tomó el lápiz con rapidez y fue anotando los compases en las hojas que había traído consigo, a medida que las aves le dictaban una deliciosa melodía con sus movimientos.

Una vez que la canción estuvo escrita, los pájaros, dichosos, se alejaron volando, mientras Don Miguel los contemplaba con los ojos húmedos de agradecimiento.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

